

LA VIDA DAÑADA DE ANÍBAL NÚÑEZ

FERNANDO R. DE LA FLOR

EDITORIAL



DELIRIO



LA VIDA DAÑADA DE ANÍBAL NÚÑEZ

Una poética vital al margen de la Transición española

FERNANDO R. DE LA FLOR

EDITORIAL



DELIRIO

Primera edición: diciembre 2012

LA VIDA DAÑADA DE ANÍBAL NÚÑEZ
Una poética vital al margen de la Transición española

Centros Colección, 2.

© 2012, Fernando R. de la Flor

© Fotografía: Chema Sánchez. Colección Carlos Gil Pérez. *Circa*: 1964.

© 2012, EDITORIAL DELIRIO S.L.

www.delirio.es / info@delirio.es

Diseño: Fabio de la Flor

Impreso en *Iberoprinter*, Salamanca, España.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-938607-9-0

Depósito Legal: S.757-2012

Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual



Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

ÍNDICE

<i>Breve prólogo</i>	11
<i>Sigue el breve prólogo</i>	18
<i>El caso Aníbal Núñez</i>	23
<i>Autoridad de autor</i>	36
<i>¡Viva el perder!</i>	42
<i>Estigmas de lo oscuro</i>	64
<i>Golpe de sombra</i>	70
<i>El desdén</i>	79
<i>Lo que hay que hacer</i>	89
<i>Biografía dolorosa</i>	99
<i>La edad que atravesamos</i>	109
<i>Hablaré desde mi amargura</i>	128
<i>Felicidad herida</i>	138
<i>Historia de vida</i>	157
<i>Lo irreparable</i>	168
<i>Los años que amamos a Kim Novack</i>	171
<i>Cementerio de castos y locos poetas</i>	180
<i>Redención del deterioro</i>	186
<i>El territorio del mastín</i>	195
<i>Espejo de Lovecraft</i>	203
<i>Diógenes se mete en su tonel</i>	218
<i>La luz pesa</i>	232
<i>Locos mesetarios</i>	239
<i>Derivas</i>	258

- 266 *El alegorista*
275 *Los años perdidos*
287 *La vida en precario*
290 History takes place
296 *Lectura del emplazamiento*
308 *Formación del espíritu local*
314 *El danzarín de su órbita*
323 *Yerbas secretas*
343 Heautontimorumenos
367 *Muerto me lloró el Tormes en su orilla*
369 Agradecimientos

REDENCIÓN DEL DETERIORO

Esta imagen, que traza algo de lo que constituyó el mundo sorprendente en que se desarrolló la vida de Aníbal Núñez, nos abre la perspectiva ciertamente benjaminiana de una suerte de historiador y de poeta que asume para sí la condición de *trapero*, recopilador de las vidas extraviadas de objetos y personas³²². Y es que, como ha escrito Walter Benjamin, «trapero o poeta, a ambos les conciernen los deshechos» y, en suma, todo aquello que no puede ser metabolizado por el espacio social³²³. Recolector de fragmentos perdidos, investigador de fulgores apagados en la historia de la ciudad, testigo de todo menor evento extraordinario (que no parezca una paradoja) en la misma, A.N. fue uno de sus escasos habitantes sin domicilio propio reconocido. «¿Cuál es mi hogar su tacto y su camino?», se pregunta en un verso perfecto³²⁴. Y sin embargo habremos de considerar la casa familiar de la Avenida del Líbano como su «lugar de refugio»³²⁵, siempre abierto para los momentos en

322 Julián Jiménez Heffernan ha reconocido a Walter Benjamin como el analista de esta figura del *trapero* que, a través de la construcción vital que de ello hace Baudelaire, se perfila como la que vincula «al conspirador, al desheredado, al vagabundo, al paseante, al *flâneur* y al detective en la geografía compartida del *locus tabernarium* suburbial» (en *Los papeles rotos...*, p.26).

323 En *Archivos de WB. Fotografía, textos, dibujos*. Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2010, p.204.

324 «Oda al adobe», *Naturaleza no recuperable*, en *Obra poética...*, I, p.115.

325 Las tensiones en el interior de la, hasta entonces, más o menos estable «familia española» alcanzaron en aquel tiempo —en el espacio de una Transición que también lo era hacia nuevas formalizaciones de espacios domésticos y resemantización del primitivo «hogar» nuclear— sus cotas más dramáticas. La época de Aníbal Núñez asistió a desgarros y a una mutua incomponibilidad de vida entre generaciones disímiles, en medio de las cuales se había abierto un abismo de incomprensión,

que la deriva devenía en franca derrota (en él el domicilio pudo volverse destino). Una imagen sofisticada suya nos lo muestra colocándose en un gesto furtivo la corona de hiedra del poeta laureado ante el espejo del ascensor que le lleva de vuelta a la matriz originaria. Efectivamente: un «Salicio [vivía] en el tercero izquierda»:

...Y mientras pulsas
el botón de regreso, ante la luna,
ceñir con hiedra artificial la frente³²⁶.

El historiador-trapero, el poeta que supo recoger todo lo decaído en su aura para restaurarlo y devolverle un brillo enigmático en su choque con lo contemporáneo, cumplió con una voluntad de redención compasiva singularmente depositada en las cosas y en las personas maltratadas y perdidas. A ambas reunió en su entorno más próximo desde muy pronto, permaneciendo fiel a las mismas hasta los últimos años, pues estaba determinado a leer la historia en sus desperdicios, en sus hechos de insignificancia, en los caracteres de borrado perfil. Con honestidad inusitada supo practicar una ley: la de que los objetos culturales de los que hacía cuestión e, incluso, materia de su canto, debían ser traídos a la vida en el proceso de su reapropiación.

como argumentamos en su día en el prólogo a su *Obra poética*. Mucho de todo ello se alcanza a vislumbrar en uno de aquellos informes en que abundó el tiempo transicional, este particularmente incisivo para con las cuestiones en juego: el de María José Ragué, *Proceso a la familia española*. Barcelona, Gedisa, 1979. Y, también, en este caso para lograr una profundización en lo que fue el conflicto padres/hijos en el contexto de la tradición habrá que leer a Teresa M. Vilarós, *El mono del desencanto. El discurso cultural en la Transición española (1973-1983)*. Madrid, Siglo XXI, 1998, pp.41-59. Hay un libro que cuenta en primera persona las relaciones paterno-filiales de intelectuales de la misma edad que Aníbal Núñez, entre ellos: Félix de Azúa, Vicente Molina Foix, Víctor Gómez Pin, Eugenio Triás o Fernando Savater..., es el de María Charles, *En el nombre del hijo*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1990.

326 «Salicio vive en el tercero izquierda», *Definición de savia*, en *Obra poética...*, I, p.153.

Ciñéndose a lugares, Aníbal Núñez pudo realizar, por ejemplo, un «inventario de los rincones meados de la ciudad»³²⁷, como muestra de su decidida fascinación por todo lo que significara aquella aura decaída, aquella contemporaneidad desublimada, eligiendo para sí la ocupación de un lugar corroído por el óxido del desprecio, la desatención o, directamente, el olvido. Así emprendió el rescate de los objetos de su destino natural en el mundo como mercancía, y así también mostró activamente cómo una otra realidad, en efecto, se conformaba en los márgenes, y en ella, exclusivamente, se habría de desenvolver el programa de una vida practicada «a contrapelo». Una vida que, teniendo su modelo en aquel Diógenes que ejecutaba acciones desinhibidas a la vista de todos, desafiaba la vida civil normalizada.

Lo que se constituyó en atención hacia eso mismo despreciado, no encontró acomodo exclusivo solo en sus textos y en la atención vital que a ello le dedicó, sino que alcanzó también a su trabajo plástico, confiriendo a este un sello muy particular (por lo inusual que resultaba en aquellos días de fascinación por los brillos del *novum*³²⁸). Concentrándose soberanamente en una estética del ascetismo y la pobreza, de la contención y de la carencia, aquellos fueron los auténticos derroteros de acción y modelos de vida que habrían de convertirse en los propios y exclusivos del poeta. Fulguró, entonces, por ello entre todos sus

327 En «Prolegómenos a un inventario de rincones meados de la ciudad», en Suplemento Cultural «Gran Vía», *El Adelanto*, 22 de marzo de 1987, p.1.

328 Años 70 y 80 estos que dieron paso, al decir de una destacada analista de la cultura del período (me refiero a Teresa M. Vilarós y su *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española (1973-1993)*), a un arte exhibicionista y de oropes arrastrados, englobado todo bajo lo que se llamó la estética de «las plumas de España»; una recuperación –desgarrada y plena de gestos desmedidos y atrabiliarios– de todo aquello reprimido y censurado en la época franquista, cuyo ejemplo maestro pudo ser el ofrecido por el artista llamado Ocaña, del que recordaremos el documental sobre su vida, *Ocaña, retrato intermitente*, de Ventura Pons. Véase una narrativización de todo ello en la ya citada Ana María Rosseti, *Plumas de España...*

iguales, a los que de ningún modo se les podría haber atribuido el seguir estas iluminaciones, las cuales provenían directamente de las sombras; sombras que, también, según pudimos constatar, al final habrían de precipitar en ellas a sus cultivadores más arriesgados³²⁹.

En todo caso, la expresión de esta pasión por lo deshecho y desbaratado encontró un cierto cauce. Primero en una exposición fantasmagórica realizada en un domicilio de la ciudad del Tormes (creo que de la calle Papín), en lo que eran sus bajos. Un poco más tarde, cuando ya la vida del poeta llegaba a su fin, en 1986, el trabajo de Aníbal Núñez y de Martín (el otro artista) entró en el circuito comercial de las galerías, con una exposición celebrada en la sala de arte de mayor crédito por entonces en toda Castilla y León, la de Santiago Varrón, en Salamanca³³⁰. El nombre explícito de aquella exposición constituye en sí mismo todo un programa de intenciones: *Redención del deterioro*, cuyo proyecto estético-moral, fue, además, explicitado en el folleto de presentación:

El título de «La redención del deterioro» le es válido a la exposición porque la mayoría de los elementos que la conforman pervivían abandonados (cruel castigo) o son útiles mutilados en batallas de arrastre³³¹.

El hacerse cargo de estos objetos, adquirió en Aníbal Núñez una dimensión que lo alejaba de las pretensiones más bien

329 El universo conceptual de la pobreza y la carencia era, precisamente en ese momento (lo hemos hecho observar más atrás), *seminal* para el enfrentamiento dialéctico con la agenda de una modernidad que en contraposición se constituía como mundo de la sobreabundancia y el exceso.

330 Hasta donde sé, antes de esta fecha Aníbal Núñez había expuesto individualmente su obra plástica en 1975: Ateneo (Salamanca), Sala Perspectivas (Valladolid) y Sala Atenea (Salamanca); 1980: Artis (Salamanca); 1982: Kurfus (Salamanca); 1983: Sala Varrón (Salamanca) y Caja de Ahorros (Zamora); 1984: Casa Lys (Salamanca).

331 En *La redención del deterioro. Ensamblajes. Aníbal y Martín*. Galería Varron. 6-21 de junio de 1986.

estériles en que aparecían por aquel entonces envueltas las representaciones de la denuncia social. Su trabajo en este sentido cobraba una dimensión estética y se involucraba en una suerte de «política» inédita. Se trataba de *estetizar* cierta pobreza (devolver a lo pobre la riqueza sensible de un mundo del que se había visto alienada), valorizando todo lo que en aquella se contenía. El territorio quemado, arrasado —como sucedía también en tantos poemas de A.N.— era entonces reivindicado por la riqueza de lo sensible, mientras se le concedía expresión a su propia potencialidad. Lo que se pone en acción en aquella actitud suya de poeta y cuidador de las cosas caídas es la entera legitimación de todo un mundo. Mundo y cuerpos a él destinados que se muestran entonces como capaces de apoderarse de su destino. Los «paisajes de la exclusión» que aquel creador visitó se convierten en fuentes expresas de belleza y de verdad que reclaman su puesto en el mundo. La experiencia de los desplazados (y de lo desplazado) entra con él en el circuito de lo visible. Se afirman por medio de una auto-revelación que pasaba por las manos de aquel mediador³³².

El cuidado y atención, aquella sensibilidad para las cosas del mundo que se desviaban de su finalidad prevista y terminaban encallando, eran en el poeta el reflejo de otra elección mayor practicada en el mundo de las propias personas de las que se rodeó. Y precisamente en lo que se refiere a los hombres que Aníbal Núñez pudo conocer, relacionándose con él en el ámbito de la ciudad de Salamanca, y a quienes franqueó su trato, sus sobrenombres, desgranados, conforman una letanía de personajes de frontera y variados límites cuya compañía el poeta opuso y prefirió siempre explícitamente a la del resto de otros amigos, que también pudo tener, esta vez en las filas de los que podemos calificar de «integrados». El *Ruinas*, Salva, Cobaleda, *Capo*, Martín, Ramón, Miguel, *Adares*, *Gavioto*, *Carbajov...*, son hipocorísticos, los de todos estos «apocalípticos», que

332 Puede intuirse algo de esta dirección de sentido, que pensamos que Aníbal Núñez abrió, en el libro de Servando Rocha, *Agotados de esperar el fin. Subculturas, estéticas y políticas del desecho*. Barcelona, Virus, 2010.

no pasarán a la historia de las letras ciertamente, pero ellos fueron, duele el decirlo, por encima de algunos de nosotros mismos (los «integrados»), los verdaderos compañeros («compañeros combatientes»)³³³ de la deriva alucinada por una ciudad propia, que en todos los sentidos era *su* ciudad. Como si hubiera estado buscando de modo exclusivo una clase de hombres caracterizados por su temple irreductible a la normalidad, Aníbal Núñez podía decir con el filósofo radical que fue Diógenes:

Quaero homines

«Busco hombres», y resulta que, ciertamente, Aníbal Núñez encontró y frecuentó un género irrepetible de hombres. No hay relación de escuela o de secta, ni siquiera estructura de discipulado que explique el modo en que aquellos *outsiders* de tan variado pelo se encontraron reconocidos y reconfortados por la presencia del poeta. Le elevaron sin discusión a la categoría de «gurú» y orientador de sus trayectorias perdidas, y con él, también, pudieron desarrollar una común «vida de intersticio», como denomina Karl Marx la vida de aquellas comunidades que escapan al cuadro económico capitalista que responde a la exclusiva ley de la ganancia.

Aníbal Núñez, en propiedad, no tuvo generación (ese concepto obsoleto) a la que pertenecer, sino que tal vez solo disfrutó de un cierto sentimiento de «comunidad» (o de «comuna»), que compartió con hombres que no compartían su actividad como escritor, y que, en propiedad, eran casi todos una suerte de «espirituales de limosna», a favor de los cuales supo siempre manejar la situación como un jefe. Quizá la observación que hiciera Bismarck, aquel «canciller de hierro», sobre la química interna del liderazgo se adapte, mejor que ninguna otra, a la descripción del tipo de integración de conductas con que aquel grupo disforme

333 Creo que es precisamente a ellos a quienes alude en el poema «Capitan Hölderlin», y a ellos también a quienes les anuncia que su «común victoria» no será «aceptada jamás» (*Figura en un paisaje*, en *Obra poética...*, I, p.65).

se realizaba, y en donde Aníbal Núñez bien podría haber afirmado (si su natural le hubiera llevado a proclamaciones relevantes, definitorias y sonoras): «Yo soy el líder, pero también debo seguirles a ellos». «Capitán» Aníbal Núñez, en efecto: eso es lo que fue y tal y como fue aceptado por quienes se entregaron con confianza a él.

Además de haber conocido únicamente (de manera profunda) a los rebeldes y a los pobres³³⁴, Aníbal Núñez frecuentó también a los excluidos máximos, aquellos tocados con la trágica y sagrada marca de la locura y la insania. Pudo formarse entonces a su alrededor aquella peculiar «comunidad excéntrica» —por no decir «inconfesable», siguiendo a Blanchot³³⁵— de la que hablan los observadores, y que se nutría de individuos estigmatizados (por uno u otro motivo), unidos por un fuerte vínculo de solidaridad. Todos ellos, en conjunto, le dieron al poeta un don divino para el hacedor de lenguaje que al fin y al cabo era, pues en esos mundos, y casi con exclusividad en ellos, es donde por entonces pudo aflorar la *heteroglosia*, un «habla otra» que llegaría a marcar poderosamente la gramática poética de A.N. Aquellos todos fueron «héroes del silencio» (habida cuenta de la poca atención que les prestó la ciudad que los alojaba), y algunas veces pienso que fueron también muchos de ellos «santos», *bodhisatvas*, constituyendo en realidad una suerte de «colegio apostólico» que recorrió con «el maestro» la ciudad de sus pecados. Hoy, todavía pasados veinte, veinticinco años, los sobrevivientes llevan flores a la tumba de su *conducator*, y mantienen conversaciones sentados en la sombra interior que les presta su capilla funeraria, el panteón de los Núñez-Larraz en Salamanca. Y es que «héroe», naturalmente también, entre aquellos, lo fue el propio Aníbal Núñez, pero en un sentido muy preciso que pudo definir en su día quien sabía de tal cosa, Friedrich Nietzsche:

334 Como dictamina Guy Debord en su *Panegírico* —Madrid, Acuarela, 2009, p.51—: «Así pues he conocido sobre todo a los rebeldes y a los pobres».

335 Me refiero, claro está, a la obra del teórico francés, *La comunidad inconfesable*. Madrid, Arena Libros, 1999.

El heroísmo es la buena voluntad para aceptar el hundimiento personal más absoluto³³⁶.

Cabe, pues, insinuar a propósito de estos personajes y hombres que figuraron como la compañía atrabiliaria de muchos momentos en la vida de Aníbal Núñez, que un aire vagamente «angélico» y franciscano informó su paso por el mundo, viniéndose a cumplir en ellos algunas parábolas evangélicas. Algo a lo que vuelven a dar fundamento las palabras de Gonzalo Torrente Ballester, situando al propio Aníbal Núñez entre las mismísimas jerarquías y los tronos y dignidades celestes:

¿Seres angélicos?... ¿Puedo decir que Aníbal Núñez era uno de estos³³⁷?

Inundados por un amor a la naturaleza que el maestro supo inculcarles, cultivaron su presencia en los distintos «jardines pobres» de la ciudad, donde todavía se podía oír cantar el agua fluyendo por los caños. Sin excepción, amaron todos las piedras y los pájaros, de los que alguno de estos evangelistas llegaron a recibir su sobrenombre. Por ejemplo, «Gavioto», quizá el más joven de los amigos descatalogados de Aníbal Núñez, en cuyo apartamento salmantino de la Avenida de la Paz las aves de variado plumaje tuvieron siempre su refugio, al permanecer noche y día sus ventanas abiertas para ellos y la comida dispuesta y desparramada en los suelos de las habitaciones. Dulzuras franciscanas, en efecto, que el poeta de la *terribilitá* y de la dureza sin contemplaciones supo también hacer fructificar como un bálsamo sobre vidas enfermas. Ello asoma en sus poemas siempre en la forma de piedad por la naturaleza, cuya expresión es, ciertamente, sorprendente e inédita en aquellos

336 El heroísmo, concepto que ha devenido antiguo; en todo caso: palabra con sabor epocal. Por aquel entonces, le prestó campo a su sentido más propio y realizable Eduardo Haro Ibars, y lo hizo en un libro relacionado en lo profundo con Aníbal Núñez: *El libro de los héroes*. Madrid, Arnao, 1985.

337 En «Aníbal» *Pliegos de poesía Hiperión...*, p.7.

años que eran, en todos los sentidos, pre-ecológicos³³⁸. En todo caso, la relación «dulce» con la naturaleza que podía asomar sus restos en las hendiduras y desmontes de la ciudad de piedra, provenía de aquel mismo sentimiento que le hizo observar un día a Walter Benjamin que la naturaleza, en realidad, si pudiera llorar, lloraría. En cuyo caso, ciertamente, no cabe sino tenerla compasión, sufrir por ella (que es lo que estrictamente hizo Aníbal Núñez).

Deberá decirse de aquella «legión» de hombres tan singulares —que ahora son propiamente fantasmas desvanecidos ya en el cambio de clima epocal finalmente acontecido—, que oficiaban como los cultores y sacerdotes últimos de los misterios de la individualidad. Junto con su «maestro», en sus gestos y en sus acciones, siempre inesperadas, así como también en sus vestimentas y en sus modos de comparecer en el pequeño y polvoriento teatro urbano, se revelaron siempre como *individuos*. Dotados de un sentimiento propio de la acción y de la producción de presencia, nunca adoptaron los perfiles gregarios de las masas municipales y espesas que poblaban el ágora. Nunca adormecidos (al contrario, puestos siempre en una posición de alerta y hasta de actividad histérica y sobredeterminada), no aparecieron nunca ni comparecieron jamás como derrotados por los ritmos cotidianos, a los que siempre acabaron por superponer el aliento de la propia dimensión temporal y espacial en la que se daban a vivir con plenitud inusitada.

Hasta que el tiempo acabó con ellos y los barrió —en calidad ya de deshechos, carne de clínicas psiquiátricas y espacios de desintoxicación a las bravas— de la superficie de una ciudad de la que siempre se negaron a salir. Sin que con ello quiera decirse que alguna vez «entraron» verdaderamente en ella.

338 Ha defendido ardorosamente este carácter «avanzado» para su tiempo de la opción ecologista que toma el poeta, Luis Javier Moreno en su «Prólogo» a *Naturaleza no recuperable*, en *Obra poética...*, I, pp.87-88.

La vida dañada de Aníbal Núñez no es una biografía.

La figura de uno de los poetas más significativos del último tercio del siglo xx español, sirve a su autor como introducción a toda una etapa histórica y de pensamiento gobernada por un signo negativo, por un aura de fracaso y derrota que, sin embargo, hoy se ve mitificada y dulcificada en alguno de sus agudos perfiles.

Fernando R. de la Flor teje una espiral interpretativa en torno al autor de *Alzado de la Ruina* que alcanza en su evolución todo un campo simbólico, social, esencialmente devastado, en medio del cual aquel *esprit fort* que fue Aníbal Núñez traza su compleja «poética vital» y termina conduciéndola hacia una suerte de exaltación dionisiaca y felicidad por encima de toda desdicha acontecida.

A los veinticinco años de la muerte de aquel singular poeta, *La vida dañada* reabre y revisita los espacios clausurados de aquella tan especial producción de presencia que ante su tiempo llevó a cabo Aníbal Núñez, para extraer de ello algún mensaje valedero para el desustanciado presente. El propio autor, que vivió aquellos «raros» años 70 y 80, llega a un acuerdo tácito con la época: no marcarla como una etapa de desencanto y ello en tanto en cuanto esta pueda todavía revelarse ante nosotros y alcance a mostrar con poderío la natural crudeza en medio de la cual aquellos sujetos y acontecimientos se desarrollaron.

